

ro despues de cantar la troyana guerra; los gigantes, cantados por Hesiodo, que en el Etna pugnarón audaces con los dioses; el idilio inmortal de Polifemo y Galatea; la escuela filosófica, que tan poderosamente influyera en los progresos de la cultura helénica; la aromosa poesía de Teócrito. Hoy mismo, las palabras usadas en Capri tienen muchas raíces griegas; el tocado de sus hermosas hijas, bajo el cual brillan profundos ojos velados por larguísimas pestañas, tiene el cóрте griego; y en los robustos isleños, marinos y montañeses á un mismo tiempo, se descubren aquellos atletas célebres en los juegos de Grecia. Á donde quiera que vuelvo los ojos se me aparece la imágen querida de la bellísima nacion. Toco el golfo de Posidonia, habito la bahía de Parthenope, descubro al Oriente la isla de Circe, y al Occidente la gruta de Cúmas; en mis paseos voy hasta Ana-Capri, cuya posición se designa todavía por una partícula griega; entre los vapores lejanos, dorados por el éter, resalta Poesthum, con sus templos dorios consagrados á Neptuno; y en cada movimiento de las olas se ve también moverse, y en cada soplo de las brisas se oye suspirar la sirena que llenára de escollos y de encantos con su magia todos los mares de Grecia.

Esa ciudad de Nápoles, que está enfrente, se ha llamado siempre Sirena. Esta misma Capri es

una sirena que seduce con su gracia y con sus cánticos. Sirenas se llaman las islas esparcidas por estos mares desde el cabo Minerva hasta la ensenada de Amalfi. ¡Y quién pudiera dudarlo mirando este cielo resplandeciente; este mar, de un azul indescriptible realzado por la áurea luz; estas cordilleras, en las cuales se mezcla el fuego con la nieve; estas montañas, entre doradas y purpúreas; estos jardines, que bajan en graderías desde las sierras á las playas, todos estos encantos capaces de esparcir y comunicar universal alegría. Cuando se ven esas islas, ora desde el camino de Salerno, ora desde el cabo de Minerva, surgir en formas tan graciosas sobre la superficie del agua tan celeste, no podeis dudar de que atrajeran y encantáran con el eco de sus olas repetido por las sonoras cavernas á los navegantes, adormeciéndolos y como petrificándolos con las seducciones y con los hechizos de estos voluptuosos parajes.

Así, todo evoca en la isla, todo cuanto veis, la remota antigüedad griega. El aire que respirais es aquel céfiro blando con que Minerva henchia las velas enviadas en busca del errante Ulises. Las piedras que tocais son restos de las aras por donde corria la sangre de los toros negros en holocausto al númen del blanco Neptuno. Por estas riberas se tendió mil veces la hospitalaria piel sobre la cual asentaban los griegos á sus huéspedes des-

pues de la comida para mostrarles los horizontes y los mares. Islas así serian las islas descritas en la Odisea homérica. Me parece que veo á Nestor coronando con hojas de oro recién forjadas la frente de la crasa ternerilla y ofreciéndola en sacrificio á los dioses despues de haberla empolvado con la harina sagrada. Un escollo así deberia ser aquella Ortygia donde la Aurora lloró con lágrimas de luz á su amante Orion, muerto á los invisibles dardos de Diana. Entre estas aguas sacaria la blonda cabeza Leucothea, ofreciendo al inmortal náufrago homérico el puerto de sus brazos. Estas columnas rotas evocan el recuerdo del palacio de Alcinoos, desde cuyos pórticos se veían las flotas griegas, y entre cuyas columnas resonaba el rumor del pueblo en asamblea mezclado con el rumor de la ola en movimiento, y el cántico de Demodoco celebrando la guerra de Troya, mezclado con el cántico de la brisa trayendo el aliento de las neréidas. Ahí está, ahí, á mi frente, la isla de la hechichera Circe, tan hermosa de rostro como de voz, hija de los amores del Sol con oceánica ninfa. En el fondo de deleitoso valle se alzaba su palacio, fabricado todo él de piedras preciosas, y guardado por los lobos y leones, mansos como perros cuando no los azuzaba la maga. De sus ventanas salia aquella voz sin ejemplo, la cual derramaba por

las venas con sus cantares un calor sin igual. Allí entraron los compañeros de Ulises, torpes é indiscretos, y fueron transformados en cerdos, mientras el astuto hijo de Itaca, provisto de la planta dada por Mercurio, cuyas raíces eran negras como el carbon, y cuyas flores albas como la nieve, convirtió á la reina hechicera en su concubina y su esclava. Por aquí se oia la endecha seductora de las sirenas. Su voz hacía resplandecer los cielos, serenarse los mares, henchirse de voluptuosos aromas los aires, resonar con música incommunicable los escollos y las riberas. Los navegantes se dejaban arrastrar por tanta calma, por tanto deleite, por los acordes que salian de las ondas, por los coros que acompañaban estos acordes, por los ojos seductores que brillaban como estelas, por el blanco voluptuoso cuerpo que se dibujaba en el cristal de las aguas, y desaparecian para siempre en el fondo, sin que jamas devolvieran las sirenas su presa. Así Ulises tapó con cera los oidos de sus tripulantes, y se hizo atar él mismo con fuertes cuerdas á la altísima entena para conjurar la seducción de las seductoras voces. Pero más léjos, y en este mismo mar, se alzaban frente á frente los dos montes llamados Scila y Caribdis. Las olas de Anfitrite se estrellan á sus piés con horribles mugidos, y las aves del cielo, las mismas palomas que llevan la ambrosía á Júpiter

piter, no se arriesgan jamas á pasar sobre sus cimas. Los dioses las llaman en su lenguaje incommunicable á los hombres, las rocas errantes. Si algun navío se acerca, se rompe en mil pedazos, y tablas y tripulacion desaparecen súbitamente entre las ondas henchidas de huracanes y las tempestades henchidas de rayos. Solamente los Argonautas pasaron por allí directamente amparados del poder de Júpiter. Scila es tan alto que ninguna humana vista ha alcanzado su cresta cubierta de negras nubes y ninguna flecha de arquero ha llegado hasta la gruta que mira hácia el Erebo; y Caribdis alimenta una higuera selvática, bajo cuyas hojas se guarece el genio de aquel paraje, que se sorbe las olas y las naves. Estos escollos, estas cimas, estos abismos, estos cabos y estos promontorios se hallan ilustrados por el inmortal poema de la navegacion, la Odisea, que sucedió á la Iliada, al inmortal poema de la guerra.

Cuando contemplo las formas arquitectónicas de Capri, realizadas con los toques maravillosos de alba luz, finjome aquel archipiélago griego, compuesto por legiones de islas, antiguas cunas de diosas y poetas, extendidas entre dos continentes como para servir de templo á las nupcias del genio de Europa con la tierra de Asia, y adivino las nieves perpétuas de Thesalia, los valles floridos de Lidia, las montañas abrasadas por

tempestades eternas, las colinas sonrientes de amor y de gracia, descubriendo todos aquellos parajes henchidos con la imágen de Homero. Y oigo el susurro del arroyo, en cuyos bordes naciera, á la sombra de copudo plátano, entre las endechas de un coro de ruseñores y los himnos de una procesion griega, sobre el sitio mismo en que espirára Orfeo; y miro con los ojos del alma al viejo divino, pobre como la poesía, ciego como el amor, desconocido de su patria como el genio, alargando la trémula mano á recoger una limosna en pago del cántico bellísimo dotado de la inmortalidad; y me apeno al recuerdo de aquel pueblo cimeo que negó sus hogares á quien debia darle gloria; y renuevo las peregrinaciones de region en region, de gente en gente, de isla en isla, por donde deja una huella de luz en el suelo, una armonía inextinguible en los aires, una idea religiosa en las conciencias, una sonora cuerda de artística inspiracion en los corazones; y le sigo con el pensamiento, como con el recuerdo, por Phoea, Cliso, Samol, escuchando repetir al niño que va á la escuela, y á la jóven que vuelve de la fuente, sus magistrales hexámetros; y me lo figuro circuido de sus hijas, en el ocaso de la vida, próximo á concluir sus últimos cánticos, y obligando á cuantos tienen ojos y ven, á que le digan cómo resplandece el sol poniente en la cima del

Olimpo ; cómo se dibujan los cabos de la Jonia ; cómo se doran las múltiples islas del archipiélago ; cómo extienden sus alas sedosas las palomas y sus velas de lino las naves ; cómo se hermosea todo , porque él ya oye como todo canta ; y asisto á su muerte en las sonoras playas pobladas por su genio de dioses , á su transfiguracion en la mente de Grecia , á su apoteosis en la religion de la Humanidad.

Y la brisa que sopla en mis oídos , y la ola que muere á mis piés , y la gaviota que vuela sobre mi cabeza , y el mar que me rodea por todas partes , recuérdanme cómo Homero , despues de haber escrito en la Iliada el poema de la guerra , escribió en la Odisea el poema de la navegacion. Todas esas imágenes preciosas , la enamorada Calipso , ha hechicera Circe , la seductora Sirena , la modesta Nansicaa , la próvida Leucothea , son personificaciones de los escollos , de las sirtes , de las colinas , de las alternativas de alegría y angustia en la vida marítima , de los trabajos y de los placeres indecibles en las navegaciones larguísimas. Homero , despues de haber cantado los orígenes de su patria en la guerra , quiso tambien cantar los progresos de su patria en el trabajo y , sobre todo , en la navegacion , que debia darle tan preciosas colonias y extender por el mar Mediterraneo reflejos y reverberaciones de Grecia. La bue-

na Penélope , rodeada de seductores y constante á su marido , retrata la mujer del marino que yo he visto tantas veces en nuestras costas valencianas , fidelísima á la memoria del ausente , encerrada en el hogar como en una tumba , ajena á todas las alegrías y á todas las fiestas ; casi siempre de rodillas ante la Virgen , estrella de los mares , pidiéndole su amparo ; con el pensamiento puesto en el abismo insondable y la esperanza en el Dios misericordioso ; los labios llenos de promesas y las promesas de ex-votos ; casada , y en las tristezas , y en los duelos , y en la soledad de las viudas. Así como Homero , el poeta del Oriente europeo , escribe la epopeya de la navegacion mediterránea , Camoens , el poeta del Occidente europeo , escribe la epopeya de la navegacion oceánica. Todas las expediciones anteriores á la navegacion , cantadas por nuestro poeta peninsular , ó son navegaciones guerreras como las normandas , ó son navegaciones semi-mitológicas como las de Marco Polo. El marino veneciano me parece , respecto á Vasco de Gama , como Jason y los Argonautas respecto á Ulises y sus compañeros de empresas. En el poema de Camoens han crecido la tierra y el hombre , sin que hayan menguado la poesía y el arte. El mar es mayor que en los poemas homéricos ; pero tambien es mayor la fuerza que lo sujeta. El poeta será inmortal como Ho-

mero, porque representará tanto el espíritu de su pueblo como el genio de su siglo, y como Homero desgraciado, porque no se puede llevar una corona tan gloriosa sin que toda ella esté ceñida de penetrantes y agudísimas espinas. Todos los redentores sudan sangre. La Odisea y las Lusíadas aguardan el tercer poema que ha de completar cielo tan maravilloso: el poema que cante la penetración de nuestra mirada y de nuestro telescopio en los abismos infinitos del cielo, como la penetración de nuestras sondas en los abismos infinitos del Océano; el vapor de las nubes, vago como las nieblas, ligero como el rocío, indeciso como los ensueños, recogándose en las grandes máquinas y superando las corrientes como las mareas, y las olas como los vientos; Hércules, que ha ido á la tierra de las Pirámides, y con la fuerza del genio y del trabajo ha roto los istmos y ha confundido los mares; el Prometeo, que ha lanzado entre el nuevo y el viejo continente, entre Europa y América, el misterioso lazo de alambre por el cual corre el rayo de los dioses, ya en manos de los hombres, llevando de uno á otro mundo la palabra con la rapidez del pensamiento; todo este esplendentísimo semillero de nuevas tierras y nuevos cielos en arte y en poesía.

Íbamos en mañana deleitosa de Junio, por mar dormido como sereno lago, á la sombra de las

grandes dunas, desde la marina de Capri á la gruta azul, celeste laguillo de una claridad y de una transparencia indecibles, formado por las aguas del mar dentro de una cueva calcárea, accesible sólo en barca y por una estrechísima abertura. La memoria de semejante maravilla se habia perdido para siempre. La tradicion contaba que griegos y romanos conocieron una gruta, donde cabian muchas personas, formada toda por inmenso trozo de nácar, y en cuyo seno se refugiáran, estando allí como dormidas y en sopor, las ninfas y nereidas, despues que las ahuyentó el hisopo cristiano con sus gotas de agua bendita al exorcizar los mares. Todo un prelado, escribiendo á otro prelado, aseguraba haber sido ésta la caverna donde el infeliz pescador Glauco se asiló despues de su transformacion en pez, y donde conmovió á los dioses en tan alto grado con sus lloros y con sus súplicas y sus elegías, que les obligó á volverle súbitamente la forma humana, dejando por esta transfiguracion en el cristal de esas aguas sus azuladas escamas. Algunos suponen que un historiador de principios del siglo décimoséptimo trae indicios de la isla. Goethe hubiera deseado verla, porque el gran pagano, el sacerdote último de la antigüedad clásica, adoraba todo cuanto podia recordarle el paganismo. Novalis imagina cierto arte místico y naturalista á un tiempo, el cual se ins-

piraba en una canora sirena, cuya habitacion era esta gruta de cristal, donde se encerraba como la abeja en el cáliz de la flor. Un jóven que la escuchára, repetía sus cánticos impregnados de idealista pantheismo al par que de sensuales placeres. Y cuantos poetas oían aquel eco amortiguado deseaban escuchar la canción poética en su origen, beber en la fuente de esa poesía, é iban por la noche desolados en pos de la gruta, que despedía misteriosos sonidos sin revelarse nunca á los anhelantes ojos de tantos privilegiados mortales. Todos sabían que era una flor azul misteriosa; pero ninguno acertaba á encontrarla. Y anegábanse y morían, como nos anegamos y nos morimos en la vida, viendo la perfección, la ventura, la idealidad en los léjos del horizonte y sin poder jamás abrazarlas, anegábanse oyendo el cántico que salía del seno de la roca y sin alcanzar á ver la hermosísima ninfa.

Las historias y tradiciones locales eran todavía más terribles. Contaban que la caverna se henchía de espíritus malignos, que en el seno de sus aguas nadaban monstruos marinos, que almas en pena se disolvían por el fósforo de sus estelas, que fantasmas diabólicos erraban sobre sus bóvedas, que horribles brujas tenían allí sus sábados en contubernio con los demonios, que cuantos mortales entraban perdían la vida, chupada por los vesti-

glos, y perdían el alma, lanzada á los infiernos. Los sacerdotes disuadían á las gentes de pasar por aquel lugar maldecido de Dios y tan terrible como los antiguos escollos de Scila y de Caribdis. Se necesitaba entónces mucho valor y poca aprension para hacer lo que hicieron sus cuatro descubridores; para acercarse á la embocadura de aquel extraño averno. Y un posadero con un marino de Capri, y un pintor con un poeta de Alemania, se arriesgaron á la empresa y dieron prontamente con la magia. El pintor entró á nado. Cuando estuvo dentro, cuando se posesionó de aquel mundo sobrenatural, no sabía qué decir de alegría y de admiracion. Parecíale haber descubierto otra nueva tierra, y en esta tierra nuevo mar, de un color y de un reflejo indecibles. Salía para cerciorarse de que todo el Mediterráneo de fuera no cambiaba de color, y volvía á entrar dando gritos de asombro. Aún se conserva en cierto albergue de Capri la relacion primera de este feliz hallazgo. Escrita por el poeta Kopisch, á ruegos del pintor Fries y del posadero Pagano y del marino Angelo, todos descubridores, encarece las supersticiones que cerraban el ingreso, la audacia necesaria para desafiarlas, la condicion precisa de un mar sereno, la posibilidad probable de una entrada en barquilla, el peligro que se corre de no poder salir á la menor alteracion de las on-

das, lo estrecho de la entrada, lo encantador del sitio, el inverosímil juego de la luz, el matiz cerúleo de la superficie, el fosfórico resplandor de los líquidos abismos, el reflejo sobre las paredes y las techumbres, el tibio día de aquella mansión de hadas donde diríase que están forjando por mandato de los dioses antiguos, para oponerlo al mundo moderno, una tierra pagana y tiñendo para deslumbrar nuestros ojos cristianos unos cielos olímpicos.

En esto, nos acercábamos á más andar á la caverna. Las sombras de la duna caían espesamente sobre nosotros y prestaban al mar un azul profundo que tiraba á violeta. Hacia el costado donde se abría la gruta, en la peña, el sol daba de lleno. Desde léjos nos parecía imposible poder penetrar en aquel sitio. Y verdaderamente, sólo una barca estrechísima, en cuyo seno teniais que tenderos y acurrucaros, pasaba como un pez entre los bordes angostos de la roca. Pero en cuanto ya habiais pasado, ¡qué singular maravilla! Bogais sobre un lago de turquesas líquidas; abris en la superficie un surco de ópalo; veis en el hondo abismo una claridad semejante á la claridad de la luna llena; respirais un aire fresco cargado de emanaciones marinas; descubrís paredes y bóvedas blancas como el alabastro y azuladas por reflejos celestes como los cambiantes producidos por

las diamantinas estrías; notais que todos los objetos fuera del agua están negros como el azabache pulido, y todos los cuerpos dentro del agua argentados como las matutinas estrellas; vuestra propia barca y vosotros mismos como formados de espesas sombras, y los marinerillos que se arrojan al agua y que os siguen de cerca, como si tuvieran los cuerpos enteros de cristal de roca, miéntras las cabezas se ennegrecen y se asemejan á cabezas de oscuro bronce antiguo; y os creéis en realidad trasladados desde esta tierra nuestra á las grutas, donde las ondinas y las neréidas y las sirenas pintan las conchas, componen las fosfóricas estelas, guardan las perlas, amasan el nácar; engarzan los corales y producen todas las maravillas del mar.

Naturalmente, para ver el fenómeno se necesita que el día esté límpido, el agua serena, el sol ántes del meridiano, pues la clara luz, recogida á la puerta por las aguas, penetra con una dulzura celeste en esta mansión de encantos indecibles. Mas el silencio que allí reina; el alejamiento del mundo; la nitidez de las aguas; el hechizo de la luz; las gotas destiladas por los remos que brillan; la superficie tersa como un metal precioso en extraña infusión; los abismos transparentes cual un cielo clarísimo; la reverberación azul en las bóvedas blancas; el color oscuro de las barcas

mezclado con el color alabastrino de los nadadores; las centellas y las estelas parecidas al chispear de los astrós; las perlas y los diamantes líquidos que cada movimiento derrama sobre las ligeras ondulaciones; aquel día tibio como un crepúsculo jamas visto; aquella noche que se condensa y se espesa por várias aperturas; aquella magia alejada completamente de la realidad; cuanto os rodea, presta al sitio el aspecto de una especie de planeta que se está formando y surgiendo como isla de nácar iluminada en otras esferas de semejantes de las nuestras por mágico sol, cuyos rayos tibios y dulces como los rayos de la luna, tuvieran sobre éstos un más celeste y más hermoso resplandor.

Al salir, mi mente inquieta se trasportaba á bien lejanos tiempos. ¿Será éste el sitio donde se mojó el Amor cantado en su oda tercera por Anacreonte? El rapaz quiso ver si la humedad habia aflojado su arco, y probó, y pudo cerciorarse, hiriendo al mismo huésped que le albergára, cuán léjos despedía la aguda flecha, y cuán certero daba el mortal golpe. Lo cierto es que en el rumor de la salada onda, en el choque de los ligeros remos con las aguas, en el aleteo de las frescas brisas, en el arrullo de la paloma mezclado con la vibracion de las henchidas lonas, en el chirrido de la cigarra acompañado del grito de la gaviota,

en todo cuanto se oía, resonaba, como si hasta los escollos y los promontorios fuesen misteriosas arpas, el cántico inmortal de la antigua Grecia. Podía repetirse aquí el coro consagrado á Edipo, ciego en los valles de Colonna. Esta es la más deliciosa region del mundo; los ruisñores invisibles cantan en coro desde árboles cuyos frutos nada tienen que temer ni del sol ni del frio; los dioses de la naturaleza pasan por sus campiñas cargados unas veces de espigas y otras de racimos, y pasan por sus ondas, siempre cargadas de perlas, seguidos los unos de ninfas, cuyas frentes coronan la verbena y la hiedra, los otros de nereídas, cuyas frentes coronan las algas y los corales; el rocío hace florecer los narcisos de pintadas guirnaldas y el azafran de áureas y purpurísimas hebras; el laurel crece junto al olivo y los hombres aprenden lo mismo el arte de fecundar la tierra, que el arte de someter los mares. Eurípides puede repetir aquí el canto de sus cíclopes; Teócrito sus idilios impregnados de rosada miel. La muchacha que pasa descalza por los altos riscos seguida de su cabra, y lanzándonos con gracioso ademan algunas palabras de griega melodía, es acaso la amorosa Amarílis que se inclinaba á la entrada de las cavernas para oír el cántico de los pastores, y que huía diligente á su amor y á sus caricias. El pescador de la playa es el

mismo pescador antiguo; en su cabaña de juncos y hojas secas; sobre su lecho de algas; rodeado de espuertas, y filetes, y cebos varios, y anzuelos; con una barca llena de redes á su frente y un monton de maromas y corchos á su espalda; el traje azul como la ola amorosa, y el gorro colorado como el sol poniente; sin llave que le guarde ni perro que le defienda; soñando hasta en las breves noches del estío con su copo cargado de lucientes peces. Y cuando habíamos apartado los ojos de la playa y los habíamos puesto en los umbrosos valles, y veíamos á los muchachuelos trepar por los árboles, ó gatear por los riscos en busca de un nido, involuntariamente nos acordábamos de aquel pajarero cantado por Bion y Mosco, el cual untó de liga las ramas de los árboles para cazar el Amor, y un anciano le dijo: «Chiquillo, no aceches á tal edad ese bicho, que cuando seas mayor verás cómo viene por sí mismo á posarse largo tiempo sobre tu atormentado corazón.» Y tanta poesía sólo tiene una sombra, sólo tiene una mancha; la sombra del despotismo, la mancha del recuerdo de Tiberio. ¡Bendita libertad! ¡Maldito cesarismo!

SAN MARCOS DE VENEZIA.